

ARNAU, Xavier; Lluís CALVO; Álvaro GIRÓN; Francesc NADAL [eds.] (2007). *Ciència i compromís social: Élisée Reclus (1830-1905) i la geografia de la llibertat*. Barcelona: Residència d'Investigadors CSIC – Generalitat de Catalunya, (Publicacions de la Residència d'Investigadors, 32), 174 p.

Actualidad y vigencia del pensamiento geográfico de Élisée Reclus

“Para Nabokov, uno de los rasgos característicos del estudiante norteamericano era que no supieran una palabra de geografía; y la geografía es, entre otras cosas, el soporte físico de la historia: sin tal soporte, la historia se convierte en una especie de juego de azar.” (Luis Goytisolo, «Geografía, historia y mito», *El País*, 15 de septiembre de 1986, p. 11)

«¿Quién conoce hoy a Élisée Reclus?», se preguntaba hace tres decenios Béatrice Giblin en la recién aparecida revista *Hérodote*,¹ dejando constancia a renglón seguido del olvido académico e institucional en el que había caído ese «gran geógrafo», antaño mundialmente conocido y posteriormente relegado, reducida su memoria casi exclusivamente a los menguados círculos de la militancia anarquista, cuya ideología contribuyó a difundir.

Desde entonces ha sido precisamente esa publicación, subtitulada desde el número 27 «revue de géographie et de géopolitique», la principal responsable de la recuperación de Reclus, al que ha dedicado, además del artículo ya citado de Giblin, dos números monográficos, el 22 (1981) y el 117 (2005), coincidiendo este último con el centenario de su muerte, una fecha que dio nuevo impulso a los trabajos e investigaciones sobre uno de los geógrafos más interesantes del siglo XIX al que su compromiso social y su ideología libertaria llevaron por derroteros alejados de los círculos académicos oficiales de la triunfante escuela francesa de geografía, liderada por Paul Vidal de la Blache.

En el marco cronológico del centenario de la muerte de Élisée Reclus se inserta la realización de varios congresos y coloquios, como los celebrados en la Universidad Paul Valéry de Montpellier (4-6 de julio de 2005) o en la Universidad de Lyon (8-10 de septiembre de 2005), entre otros. En el primero compartió protagonismo con Vidal de la Blache, padre de la Geografía francesa, mientras que el segundo, centrado exclusivamente en Reclus, proponía profundizar en la reflexión sobre su figura y su obra, la validez de sus ideas en nuestros días y la necesidad y oportunidad de releer y recuperar sus aportaciones a la luz de la geografía del siglo XXI.

En este contexto cabe destacar el ciclo de cuatro conferencias celebrado

1. GIBLIN, Béatrice (1976): «Élisée Reclus, géographie, anarchisme», *Hérodote*, núm. II, p. 30-49.

en Barcelona en noviembre de 2005, bajo el título de «Ciència i compromís social. Élisée Reclus (1830-1905) i la geografia de la llibertat», en la Residència d'Investigadors CSIC-Generalitat de Catalunya y el Institut d'Estudis Catalans. Las conferencias corrieron a cargo de dos geógrafos –la Dra. Teresa Vicente Mosquete, de la Universidad de Salamanca, y el Dr. Philippe Pelletier, de la Universidad de Lyon– y dos historiadores –el Dr. Eduard Masjuan, de la Universidad Autónoma de Barcelona, y el Dr. Álvaro Girón, investigador de la Institució Milà i Fontanals-CSIC.

Los textos de estas conferencias, publicados en su idioma original (castellano en el caso de Teresa Vicente y Álvaro Girón, francés en el de Philippe Pelletier y catalán en el de Eduard Masjuan) conforman el número 32 de *Publicacions de la Residència d'Investigadors*, editado en diciembre de 2007 en Barcelona, volumen en el que se incluye, además, un artículo del escritor francés Joël Cornuault, editor de *Les Cahiers Élisée Reclus*.

Esta combinación de geógrafos e historiadores como autores especializados en Reclus tiene mucho que ver, según Xavier Arnau, editor de la publicación y autor de la presentación, con la concepción que Élisée Reclus tenía de su «geografía social», tal como recoge en el prefacio de su última obra, *El hombre y la tierra*, de publicación póstuma:

Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la historia, donde se mostrase la concordancia de los hombres y de la tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.²

En efecto, para él la geografía «no es más que la historia en el espacio, del mismo modo que la historia es la geografía en el tiempo» (*El hombre y la tierra*, p. 74), unidas ambas por un mismo objeto de estudio, el ser humano, que, a su vez, constituye un elemento integrante de la naturaleza, cuyas leyes está obligado a seguir si quiere alcanzar la libertad y el pleno desarrollo personal.

La primera conferencia que recoge el volumen que estamos comentando, impartida por Teresa Vicente Mosquete, lleva por título «Eliseo Reclus: compromiso social y libertad científica del siglo XIX para el siglo XXI». La autora es con seguridad la más destacada especialista española en la vida y la obra del gran geógrafo anarquista y en las relaciones de la ciencia geográfica con el movimiento libertario español. Publicó la primera obra específica sobre Reclus escrita en castellano, tras la recuperación de su figura iniciada por *Hérodote* a finales de los años 70.³

Su comunicación se centra en el último decenio de la vida de Reclus, cuan-

2. RECLUS, Élisée (1905-1908): *L'homme et la Terre*. Paris: Librairie Universelle, 6 vol. Trad. esp.: *El hombre y la tierra*. Madrid: Doncel, 8 vol., 1975, p. 69.

3. VICENTE MOSQUETE, Teresa (1983): *Eliseo Reclus, la geografía de un anarquista*. Barcelona: Los Libros de la Frontera, 304 p.

do éste se traslada a Bruselas para lograr su vieja aspiración de convertirse en profesor de geografía, objetivo que no pudo alcanzar en su país natal, del que estuvo ausente durante dos largos periodos de exilio, entre 1851 y 1857, tras el golpe de estado que implantó el 2º Imperio, y desde 1872 a 1890, tras el fracaso de la revolución de la Comuna de París, en la que participó activamente. El conservadurismo político y académico francés del 2º Imperio y la 3ª República no era nada favorable a la difusión de las ideas anarquistas ni posibilitaba la promoción profesional de científicos o investigadores vinculados a una ideología que propugnaba la destrucción del estado y del capitalismo y la supresión de la ley y la autoridad. A pesar de la pertenencia de Reclus a la Sociedad Geográfica de París, de sus colaboraciones en la *Revue des Deux Mondes* y de la publicación de dos monumentales obras de geografía,⁴ que le dieron una gran proyección internacional, su acceso profesional a los medios académicos se veía vetado por su militancia libertaria. Su labor científica en el campo de la geografía fue incluso desacreditada por sus colegas universitarios conservadores, no sólo en vida de Reclus, sino también después de su muerte: en 1908 Vidal escribía a Jean Brunhes: «Vous savez combien la *Géographie universelle* d'Élisée Reclus a cessé de correspondre à l'état de la science».⁵ Este juicio, en boca del padre de la escuela geográfica francesa, es sumamente elocuente y esclarecedor del olvido y la marginación a los que fue sometido el geógrafo anarquista en los medios oficiales y académicos de la disciplina.

En los primeros años 90 Reclus reside de nuevo en París, tras su largo exilio suizo, en un ambiente de franca hostilidad y represión institucional contra los anarquistas que se manifiesta en la supresión de publicaciones, las deportaciones a Cayenne (Guayana Francesa) o las leyes de excepción (*lois scérelates*). La tremenda presión judicial y policial obligó al exilio a numerosos anarquistas.

El rechazo de la Universidad Libre de Bruselas a contratar a Reclus como profesor, incumpliendo un compromiso anterior, debido a su condición de «anarquista militante», agudizó el enfrentamiento entre progresistas y conservadores en el seno de dicha institución, lo que derivó en la escisión del sector progresista y la creación de la Universidad Nueva de Bruselas (UNB), más libre y tolerante. En ella la actividad geográfica de Reclus se desarrollará en tres aspectos:

1. Profesor de la UNB, en la que impartió un curso de geografía comparada en la estela de Ritter, analizando las interrelaciones entre los elementos del medio físico y su repercusión en los grupos humanos, combinando asimismo el medio-espacio (elemento estático) con el medio-tiempo (elemento dinámico); en definitiva, geografía e historia como pilares básicos de la geografía

4. *La Terre, description des phénomènes de la vie du globe* (1868-1869, Paris, 2 vol.) y *Nouvelle Géographie Universelle* (Paris: Hachette, 19 vol.)

5. Citado por Béatrice Giblin en «Élisée Reclus: un géographe d'exception»: <http://www.herodote.org/spip.php?article148>

social reclusiana, sin excluir la participación de la sociología y la etnografía, una ciencia esta última en la que Élisée estaba claramente influenciado por su admirado hermano mayor Elie, anarquista como él.

2. En 1898 fundó el Instituto Geográfico (IG), anexo a la UNB, con el objetivo de lograr una enseñanza geográfica integral, activa y pluridisciplinar, no basada exclusivamente en la clase magistral, sino principalmente en actividades prácticas (destacando especialmente la construcción de mapas y relieves) y el trabajo individual del alumnado. De los cuatro cursos que se impartían en el IG el primero, preparatorio, se cursaba en la Facultad de Ciencias, lo que nos da una idea de la gran importancia que Reclus y otros anarquistas, como Kropotkin, otorgaban a las ciencias naturales como fundamento de cualquier aprendizaje y análisis de la realidad, incluso la referida al ser humano, que no sería en definitiva más que una parte de la naturaleza.

La asistencia a los cursos del IG era libre y gratuita. El numeroso alumnado era mayoritariamente extranjero y no obtenía titulación oficial, ya que el Estado belga no se dignó aprobar un plan de estudios que incluía contenidos tan subversivos como la geografía matemática, el dibujo o la geografía médica.

Élisée Reclus daba una gran importancia a la representación fidedigna de la Tierra, inevitablemente deformada por los mapas, según la proyección elegida. Por eso insistía en el uso de globos terráqueos de diferentes escalas, complementados por discos esféricos de mayor escala para fenómenos y procesos menos generales y mapas en relieve para una representación geográfica más detallada. Destaca en este aspecto su proyecto para la Exposición Universal de París en 1900 de construir un “globo científico geográfico” de enormes dimensiones (160 metros de diámetro) que finalmente no pudo realizarse por problemas presupuestarios.

3. Paradójicamente, el anarquista Reclus se embarcó en la creación de la *Société Anonyme d'Études et d'Éditions Géographiques Élisée Reclus*, empresa capitalista que, según la lógica búsqueda de beneficio que sustenta al sistema, prestaba sus servicios a comerciantes e industriales deseosos de explotar los recursos cuyo conocimiento la geografía ponía a su alcance. No obstante, esta fugaz experiencia empresarial, iniciada en 1898, se extinguió en la bancarrota seis años después, debido, según Reclus, a la falta de honestidad de sus socios capitalistas, cuyos chanchullos financieros hicieron inviable el proyecto.

Un año más tarde, en 1905, moría en Bruselas el «sabio justo y rebelde»,⁶ geógrafo anarquista, anarquista geógrafo, que tanto contribuyó con su obra a la formación cultural y científica de muchos trabajadores españoles que, alejados de los medios académicos oficiales, acudían en su exiguo tiempo libre a los ateneos libertarios y a las escuelas populares para adquirir las principales armas de transformación social: la cultura y la educación.

La segunda conferencia («La grande séparation à réabsorber: l'orient et

6. NETTLAU Max (1928): *Élisée Reclus (1830-1905): la vida de un sabio justo y rebelde*. Barcelona: La Revista Blanca.

l'occident vus par Élisée Reclus»), correspondió a Philippe Pelletier, geógrafo de la Universidad de Lyon especializado en Japón, organizador del coloquio internacional celebrado poco antes en dicha universidad.

Constata el autor que, aunque Reclus nunca visitó Asia oriental, al final de su vida escribió mucho sobre esa zona, gracias a la colaboración de reputados especialistas de diversas ciencias, llegando a conclusiones innovadoras e incluso proféticas, útiles para comprender las cruciales relaciones actuales entre Oriente y Occidente. Su «geografía social», tan diferente de la «geografía humana» de Vidal de la Blache, no elude la geopolítica, aunque no llegara nunca a utilizar ese término, que hizo su aparición años después de su muerte, y se desmarcaba claramente de la «geografía política» de Ratzel, precursora de la *Geopolitik* alemana de infausta memoria.

Como Ratzel, Reclus participaba plenamente del ambiente científico de finales del siglo XIX, caracterizado por la supremacía de las ciencias naturales y del evolucionismo darwinista, que impregnaba también a ciencias sociales como la sociología, la antropología o la geografía. Ratzel concibe a los estados como entidades orgánicas sujetas a leyes cuasi naturales de crecimiento y declive, al tiempo que Reclus hace referencia a las «leyes inmutables de la historia»,⁷ que para él serían la lucha de clases, la búsqueda del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo. Según Horacio Capel, el método inductivo positivista y la influencia de Darwin llevaron a Elisée Reclus a aceptar el determinismo del medio físico sobre el ser humano, postulando la necesidad de que las sociedades humanas se adapten a las exigencias del medio natural.⁸ No obstante, Pelletier opina que Reclus evitó caer en la trampa determinista, insistiendo en la capacidad de los seres humanos para actuar sobre el medio físico y modificarlo, tal como escribió en *El hombre y la tierra*:

Al medio-espacio, caracterizado por los mil fenómenos exteriores, ha de añadirse el medio-tiempo, con sus transformaciones incesantes y sus infinitas repercusiones. Si la historia comienza por ser “todo geografía”, como ha dicho Michelet, la geografía se vuelve gradualmente “historia” por la reacción continua del hombre sobre el hombre. (...) Este segundo medio dinámico, unido al medio estático primitivo, constituye un conjunto de influencias en el que es siempre difícil, frecuentemente imposible, reconocer las fuerzas preponderantes, tanto más cuanto que la importancia respectiva de esas fuerzas primeras o segundas, puramente geográficas o ya históricas, varía según los pueblos y los siglos.⁹

Para Pelletier la obra de Reclus, que Yves Lacoste denomina «geografía glo-

7. *El hombre y la tierra*, vol. 8, p. 21.

8. En su fundamental obra *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea* (Barcelona: Barcanova, 1981) Horacio Capel le dedica cinco páginas bajo el epígrafe «Reclus: un geógrafo anarquista marginado» (p. 301-301, incluido en el capítulo x: «El positivismo y la geografía»).

9. *El hombre y la tierra*, vol. 1, pp. 158-159.

bal», podría ser definida como «geohistoria», es decir, un estudio geográfico especializado del proceso histórico, una metodología que podemos observar especialmente en *El hombre y la tierra*. No hace una historia de acontecimientos, sino que, anticipándose a Fernand Braudel, inicia una vía absolutamente novedosa, «une étude de la civilisation humaine dans l'espace et dans le temps, avec ses diversités mais aussi ses convergences», lo que le aleja inexorablemente de la tradición vidaliana, que niega el carácter geográfico de la obra de Reclus, a la que considera, como Jean Bruhnes, más historia y sociología que geografía. Evidentemente, la pluralidad de temas y de aproximaciones de Reclus a la comprensión de los fenómenos territoriales no puede enmarcarse en los estrechos márgenes de la «región», convertida por el posibilismo geográfico en objeto estrella de los análisis espaciales.

Reclus dedicó especial atención a aspectos ignorados por los demás geógrafos, como las identidades culturales, las características de los estados-naciones, las ambiciones civilizadoras y las guerras santas, entre otros. Criticó y desmontó las teorías esencialistas que atribuyen características identitarias opuestas a occidentales (positivas) y orientales (negativas), anticipando en casi 100 años los planteamientos críticos desarrollados por Edward W. Said contra el «orientalismo» como ideología de dominación imperialista occidental sobre el resto del mundo. Ciertamente, podemos cuestionar su benevolente concepción del colonialismo europeo. Como afirman Pelletier y Girón en sus respectivas comunicaciones, Reclus criticaba el imperialismo y sus corolarios (guerra y explotación) y rechazaba la supuesta superioridad racial europea, pero justificaba y defendía (igual que Kropotkin) la difusión mundial de los aspectos positivos de la dominación occidental, especialmente en lo referente al progreso técnico y material y a los avances sanitarios y educativos. Pone como ejemplo de estos beneficios el caso de Japón, que consiguió un alto grado de desarrollo por haber asumido voluntariamente las conquistas materiales y morales de la civilización occidental sin haber perdido su independencia y su libertad política y religiosa. Aunque rechazaba las manidas ideas preconcebidas del etnocentrismo europeo sobre Japón (barbarie oriental, peligro amarillo, etc.) y alababa las virtudes psicológicas y morales de los japoneses, no dejó de denunciar anticipadamente el peligro del militarismo imperialista nipón sobre sus vecinos asiáticos, desgraciadamente confirmado en décadas posteriores.

Los artículos de los historiadores Eduard Masjuan y Álvaro Girón analizan la inserción del pensamiento geográfico de Reclus en el ambiente científico de la época, caracterizado por la difusión del positivismo y el evolucionismo naturalista, así como su influencia en la cultura anarquista española, en el caso del primero, y su relación con su colega y correligionario Kropotkin, en el del segundo.

Deja constancia Masjuan de la gran importancia que para los anarquistas tiene la educación científica como pilar básico de transformación social y de que, aunque una parte de la obra de Élisée Reclus haya sido lógicamente su-

perada por el tiempo, continúa vigente en la actualidad su visión global del mundo, sus planteamientos sobre el urbanismo y su anticipada perspectiva ecológica en cuanto a la necesidad de conservación de los recursos naturales, especialmente del agua.

En el marco de la preocupación pedagógica del anarquismo por la formación intelectual de los obreros, basada en una educación popular científica, laica y progresista, la obra de Reclus gozará de enorme ascendente en los medios anarquistas españoles, especialmente en Cataluña, gracias a la labor difusora de Odón de Buen y la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia. Sus obras serán traducidas regularmente al castellano (por Anselmo Lorenzo, entre otros) y experimentarán sucesivas reediciones hasta el final de la segunda república, ejerciendo un poderoso influjo a través de escuelas anarquistas, ateneos libertarios, centros culturales y grupos excursionistas y naturistas. Reclus contribuyó como nadie a la difusión del conocimiento científico de la naturaleza, tan caro a los anarquistas.

La filosofía materialista impregna el ambiente científico de la época en que Élisée Reclus desarrolla su actividad geográfica y su compromiso militante. Es el gran momento de auge de las ciencias naturales y del método empírico inductivo, procedente de Bacon (el único verdaderamente científico, según Kropotkin). La gran obra de Charles Darwin (*El origen de las especies*, 1859) ha revolucionado el pensamiento y generado adhesiones entusiastas en el mundo científico, pero también rechazos radicales desde posiciones políticamente conservadoras e ideológicamente clericales. El evolucionismo trasciende el marco de las ciencias naturales y se extiende a ciencias sociales como la sociología (Comte, Durkheim) o la antropología (Maine, Tylor). Según Girón, los anarquistas asumían la secuencia evolucionista de la antropología cultural en los tres estadios sucesivos de salvajismo, barbarie y civilización. Aunque defendían los valores solidarios y éticos de los primitivos contemporáneos, consideraban a la civilización europea occidental como superior, una meta evolutiva a la que habrían de acceder las civilizaciones inferiores. No obstante, rechazaban la superioridad racial europea y defendían, como Tylor, padre de la antropología cultural, la unidad psíquica del ser humano. Para ellos, en consecuencia, las diferencias evolutivas entre sociedades se deben a razones geográficas (medio físico) e históricas (instituciones).

Materialistas convencidos, Reclus y Kropotkin rechazaban el idealismo y la metafísica, posiciones acientíficas que criticaban —especialmente el segundo— en el “materialismo histórico” marxista, basado en el idealismo de Hegel. Ambos coincidían en interpretar el evolucionismo naturalista desde una perspectiva contraria al darwinismo social (Spencer),¹⁰ desde el punto de vista del apoyo mutuo y la armonía, elementos necesarios para la supervivencia de las especies

10. Según Reclus, «hasta el nombre respetable de Darwin ha servido, bien contra su voluntad, para defender la causa de la violencia y de la injusticia» (Eliseo Reclus, *Evolución y revolución*, Ediciones Júcar, 1979, p. 82).

animales sociales, incluido el ser humano. La competitividad no sería, pues, el único fenómeno que explicaría la evolución. No entendían la “lucha por la existencia” como una lucha entre individuos de la misma especie, puesto que valoraban como más efectiva y adaptada la solidaridad y la cooperación, como el propio Darwin reconocía en *El origen del hombre* al afirmar que « las tribus que tengan miembros dispuestos a ayudarse mutuamente y a sacrificarse por el bien común podrán triunfar sobre casi todas las demás».¹¹ Kropotkin, siguiendo al zoólogo Kessler, sostenía incluso que «para la evolución progresiva de las especies, la ley del apoyo mutuo tiene mucha más importancia que la de la lucha por la existencia»,¹² algo que podemos encontrar mucho después en las teorías de la endosimbiosis y la simbiogénesis de la bióloga estadounidense Lynn Margulis. Para Kropotkin y Reclus, la cooperación y la solidaridad, e incluso las artes y hasta la educación, son características pre-humanas, anteriores a la aparición del *homo sapiens*. La moralidad ya estaba en la naturaleza antes de la religión, la ley, la propiedad y el estado, instituciones asentadas sobre la explotación y la desigualdad. En el orden de la naturaleza, que los anarquistas aspiran a trasladar a la sociedad humana, no tienen sentido las clases sociales ni el Estado. El método inductivo, heredado de Bacon, propio de las ciencias naturales, sería aplicable tanto a fenómenos físicos y biológicos como humanos, entendiendo en consecuencia la ética como parte de una ciencia natural de la humanidad.

El optimismo científico y tecnológico de Reclus le llevó a oponerse a los planteamientos maltusianos, que impregnaron incluso a amplios sectores del movimiento anarquista, pues tenía plena confianza en la capacidad humana para incrementar la producción agrícola y satisfacer sobradamente las necesidades alimenticias de una población incluso muy superior a la de su época: “En la gran familia humana, el hambre no sólo es el resultado de un crimen colectivo; es además un absurdo, puesto que los productos exceden dos veces a las necesidades del consumo”.¹³

Cierra el volumen un corto artículo titulado «Elisée Reclus sense sanció ni obligació», escrito por Joël Cornuault, editor del boletín *Les Cahiers Elisée Reclus*, del que ya han aparecido, desde su fundación en 1996, más de cincuenta números y varios especiales. Se trata de una publicación independiente, modesta, sin periodicidad fija, de escasas páginas y poca tirada y que se distribuye solamente entre suscriptores. El boletín está dedicado a los «estudios reclusianos», que incluyen la publicación de textos no disponibles de Reclus y su entorno, acompañados de comentarios documentados, así como la propuesta de nuevas interpretaciones a partir de los interrogantes que se pueden seguir planteando a

11. Colectivo de geógrafos (1980), *La geografía al servicio de la vida (antología)*, Colección Nadir, Barcelona, p. 15.

12. Piotr Kropotkin (1901), «La ciencia moderna y el anarquismo». En *Panfletos revolucionarios*, Editorial Ayuso, Madrid, 1977, p. 261.

13. RECLUS, Elisée (1979): «Evolución y revolución». Madrid: Editorial Júcar, p. 58.

Reclus sobre numerosos aspectos, tanto políticos como geográficos y filosóficos, de su vida y su obra.

Afortunadamente, el reciente centenario de su muerte ha contribuido a poner a Reclus “de moda”, como decía Yves Lacoste. Tenemos que felicitarnos, en el actual contexto de capa caída de la geografía académica, del renovado interés que despierta su figura, como queda demostrado en el ciclo de conferencias del que surgió la publicación que estamos comentando. Es importante que en un momento tan crítico como el que está viviendo la geografía, marginada socialmente como un saber inútil poco competente, aunque con tanto que aportar para el conocimiento de la situación geopolítica mundial, volvamos la vista a un geógrafo que, más de cien años atrás, supo analizar la sociedad de su época con una perspectiva absolutamente innovadora, sin ceñirse a los moldes establecidos. Incomprendido en su época, como todos los genios, fue capaz de aportar aire nuevo a una disciplina que, aunque joven, mostraba peligrosos síntomas de anquilosamiento y conservadurismo. Desgraciadamente, la geografía oficial no supo ni quiso abrir sus ventanas al aire fresco libertario que aportaba un geógrafo que, por anarquista, suponía un reto al supuesto objetivismo y la publicitada neutralidad de una ciencia aséptica y carente de compromiso.

Es cierto que muchos de los planteamientos científicos de Elisée Reclus se han quedado anticuados. No podría ser de otra manera, teniendo en cuenta la época en que fueron formulados. Su fe inquebrantable en las bondades de la ciencia y el progreso, su optimismo voluntarista y su arraigada confianza en el género humano se nos antojan demasiado ingenuos desde la perspectiva de estos comienzos del siglo XXI, tan inciertos como poco halagüeños. Nos sorprende leer en su obra que «la historia nos prueba que los elementos de progreso triunfarán sobre los de reacción»,¹⁴ desde un contexto como el actual en el que más bien parece que la tendencia sea la contraria, al menos en Occidente. No obstante, también resulta evidente que el futuro de la humanidad no está marcado por ningún designio superior ni obedecerá a leyes teleológicas preestablecidas, sino que será lo que los seres humanos queramos, con nuestra acción individual y colectiva. En este sentido, es interesante volver la vista hacia aquellos sabios que, como Elisée Reclus, supieron analizar la sociedad de su época y buscar alternativas de mejora para el conjunto de la humanidad.

En estos tiempos globalizados no estaría de más que retomáramos la idea de mundialización a la que aspiraba Reclus, para quien el anhelado progreso consistiría en la conquista del pan y la instrucción para todos los seres humanos. Más de un siglo después sigue siendo la principal aspiración de nuestra especie.

Modesto Blanco

14. Op. cit., p. 98.